

Poética

*El poema camina
por tierra movediza
Avanza
por el sendero
de las obsesiones
infestado
por un chorro de luz
que lo sacude
A pasos locos
humedece la danza
sobre tablas que crujen.*

GUILLERMO LINERO
MONTES

Sucede igual en el poema *Cosecha* cuando dice “bajo la piel del firmamento”: aquí la palabra piel no es más que una gratuita intención poética. Y las intenciones, o mejor las premeditaciones, por lo general terminan en fórmulas que se repiten. En los poemas *Hilón*, *Sin tiempo*, *Otros tiempos*, *Punto de partida*, *Oficio*, *Tiempos*, y quizá en otros más, el tema no sólo parece ser el mismo, sino que lo es también la figura —plástica o retórica— que los distingue: la descripción o exposición de una realidad para luego asombrar con su opuesta inmediata: “Hilón / De este lado / del filo de la navaja / estoy yo. / Del otro / yace mi cuerpo”.



Una de las evidencias de lo cerebral es el hecho de que las dos puntas de la cuerda —nunca el tramo que las une y separa— den a casi todos los textos del libro la sensación de que quizá lo importante sea el ingenio y no el genio: hay que decir también el nudo, y así permitir que el discurso, por breve o gestual que sea, encuentre su natural desenvolvimiento.

Ahora en cuanto a la precisión con la palabra, saltan a la vista algunas fallidas correspondencias. Por ejemplo, en *Primates*, el juego que hace a partir de la copa de árbol y la copa de brindar no es muy acertado. En el poema *Soga I*, el desacuerdo ocurre en la correspondencia vuelo-estrecha. De la misma manera, para no dejar la cuerda incompleta, llama la atención, en el poema *Soga*

2, eso de “asfixias *la idea de Dios que llevo dentro*”. Pienso que no se es más poético por “llevar dentro” las emociones, no, puesto que ni lo hondo, ni el corazón, ni el alma hacen falta para decir lo hondo, el corazón o el alma.

El poema *Corriente del Sur* me hizo pensar que tal vez valdría la pena, si no trascendiera como tema central la distancia, que puede aparecer como un ingenuo mal del corazón, característico de los y las adolescentes. Como a ningún otro tema, al del amor hay que tratarlo con los pies en la tierra, pues tiende siempre a apartar el poema de su funcionalidad humana. Igual es sugerible, hablando también de distancias, no echar tanta mano de recursos elementales de la expresión artística: “el otro lado de los sueños”, la “geografía imaginaria”....

El texto *Policrom* sería un buen poema de no ser por las dos últimas líneas, donde se torna aburridamente infantil:

Policrom
Sus detractores dicen que a la
[cebra se la
inventaron los extremistas, para
[quienes
no existen tonos, matices, ni
[medias tintas.

Otros la defienden:
Fue el arco iris antes de que se
[inventaran
los colores.
[pág. 23]

Mirada II

La delgadez y liviandad de los poemas de *Filo de ausencias* dan noticia de lo que ya repetidas veces se ha considerado una de las características dominantes del lenguaje del arte del siglo XXI, y que necesariamente no se refiere a la economía del lenguaje ni a la condensación de la idea poética sino más bien a una especie de sofisticación de las maneras de decir el poema. En este sentido la búsqueda de resquicios, la construcción de atajos, el lenguaje estilizado, las frases limadas, que abundan

Un tono afectado**Filo de ausencias**

Jaime Fernández Molano
Ministerio de Cultura, Fondo Editorial
Entreletras, Villavicencio, 1999,
79 págs.

Mirada I

En el primer texto que me detuvo del libro *Filo de ausencias* del escritor Jaime Fernández Molano, *Lazarillo* —que, a propósito, tiene un tono afectado que le resta espontaneidad—, llama la atención que el poeta retome la metafísica popular al escribir “la piel de tu mirada”. Porque más que metafísica es imprecisa. La imagen, la metáfora, los símbolos poéticos, etc. deben y tienen que ser fieles a su naturaleza espontánea y no a las evidentemente cerebrales. De la misma manera debe tratarse a los poemas si quisiéramos evitar lo que ocurre en poemas como *Ajeno*, *Preludio*, *Potranco*, *Piraña*, *Luciérnaga*, entre otros, donde brilla más el ingenio que el genio: al igual que no debe ser sobreevidente la música en un poema (que trabaja con la palabra), ni su forma (a menos que ésta sea la de un poema visual) ni tampoco debe notarse el molde cognitivo sobre el cual expresamos nuestro pensamiento. No debe verse la sabiduría.

en el poemario que nos ocupa, le dan, si no un perfil de vanguardia, sí uno de distanciamiento de aquellas formas y expresiones que ya son recurrentes y que desgastan sensibilidades. De la palabra sólida (fosilizada, que rueda de boca en boca) se ha pasado a la palabra líquida (trasparente, de ritmos cambiantes, entre la calma y la marea). Por ello, quizá, también surjan imaginaciones que se apartan de la realidad inmediata y nos erigen otras, tal vez virtuales, que parecen estructurarse más por la fuerza del deseo que por el crudo e inevitable enfrentamiento con la realidad. Hay así, en *Filo de ausencias*, un amaneramiento que se sostiene sobre pensamientos que elogian los opuestos.



La vida

(Llevaré hasta el final / estas taras, / estos frutos / que se pudren / tal vez a fuego lento, / pero con la dicha / de haber vivido.)

La muerte

(Caen sobre ti / los primeros granizos / de mi muerte.)

La distancia

(Cada día / crece la distancia // que hay / entre mi cuerpo / y tu imagen.)

Las aproximaciones

(vienes cada tarde con el mundo adherido a la piel...)

La soledad

(Al balcón / llega sólo la brisa)

El amor

(la boa / ama demasiado / entre sus brazos.)

Contrarios entre los que Jaime Fernández Molano tiende puentes, hilos invisibles que resaltan las dos orillas para hacernos olvidar el río.

GUILLERMO LINERO
MONTES

Los poemas no pueden mentir contra el tiempo

La cicatriz del nacimiento

Gloria Posada

Editorial El Propio Bolsillo, Medellín, 2000, 63 págs.

Gloria Posada nació en Medellín en 1967 y combina el trabajo de artista plástica con la escritura de poesía. Su primer libro, *Vosotras* (Medellín, Autores Antioqueños, vol. 81, 1993, 88 págs.), partía de epígrafes canónicos —Safo y Robert Graves: doncella, mujer y bruja— para iniciarse en el rito poético con una larga secuencia de breves retratos de mujeres.

Desde las heroínas del teatro griego hasta las divas del santoral contemporáneo: Frida Kahlo, Alejandra Pizarnik. Era un libro adolescente donde primaba más la intención que el logro y donde, sin embargo, la voluntad de construir un espacio a la vez colectivo y propio mostraba coherencia y despojo. Intentaba compenetrarse con ellas, aun cuando muchas veces incurriese en los previsibles tópicos: Santa Teresa como cáliz de carne o Salomé como peticionaria de la última joya: la cabeza del profeta.

Hablaba de sí misma, obvio, pero lo hacía tomando en cuenta las sucesivas máscaras. Eran, por supuesto, desafíos demasiado grandes y ya connotados por tradiciones milenarias y, al restituir sangre, odio y beligerancia a los en muchos casos ya congelados retratos, no alcanzaba a infundirles esa suerte de revaluación feminista a una tradición silenciada,

de pecadora a santa. Pero era conmovedor su anhelo de añadir algo nuevo a Medea o a Ofelia. Obtenía, sin embargo, por brevísimos instantes, atisbos luminosos de humor y gracia como cuando, en su risueño homenaje a la musa florentina, decía:



Beatriz

Ella

Podrá conducirte

Hasta el Infierno

Mostrarte

El Purgatorio

Y llevarte al cielo

¡A ti poeta

Aunque

No seas

Dante!

[pág. 52]

En todo caso las tensiones de la búsqueda —“Soy Ovillo / Furor / Ofrenda”— ya mostraban el sentido sacrificial que su poesía iba a explorar en su segundo libro: *Oficio divino* (Bogotá, Colcultura, 1992, 69 págs.), premiado por un jurado que integraban Giovanni Quessep, Jaime García Maffla y Juan Manuel Roca.

Se trata de un libro menos orgánico, abierto en varias direcciones, y que carece de un estricto control. Apuntes, pinceladas, la experiencia mancha la pureza de esta aparente vestal dirigiéndose al altar de la ceremonia poética. La ofrenda era su